

## SANTA TERESA DE JESÚS

### HUMILDAD DE CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

#### III

Verdaderamente es de gran humildad verse condenar sin culpa y callar; y es de gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas.

(Sta. Teresa de Jesús, *C. de perf.*, c. 13)

“La humillación es la piedra de toque de los Santos”, dice san Liborio; “y la señal más cierta para conocer si un alma es verdaderamente virtuosa, es observar si recibe con mansedumbre y paz las afrentas”, añade san Juan Crisóstomo.

Teresa de Jesús, alma de santidad heroica, de virtud solidísima, no podía menos de poseer este grado de la virtud de la humildad.

No buscan con tanto afán los soberbios la honra y exaltación, como nuestra humilde Santa anda a caza de humillaciones y desprecios.

Llamábase a sí misma mala monja, y con sus obras probaba, como vimos en el número anterior, que no merecía tan siquiera llevar el hábito de tal.

Teníase por la mujer más ruin del mundo, y conforme a este juicio que de sí tenía formado, sufría con paz inalterable el oír cómo la llamaban andariega, inquieta, engañadora de las gentes, y otras cosas que la modestia cristiana no sufre nombrar.

Apellidabase a sí propia santa sin pies ni cabeza, y por lo mismo no llevaba a mal que otros entendiesen de sí sus grandes pecados y ruin vida, como ella encarecía con humildad. Apretóle tanto este deseo, que dio en un tiempo en suplicar a Nuestro Señor, haciendo oración particular por ello, que cuando a alguna persona le pareciese algo bien en ella, le descubriese su Majestad los pecados que ella había hecho. Por esta causa andaba buscando para comunicar su espíritu a aquellas personas que sabía no la tenían en buena opinión de santidad.

Reprendiela ásperamente un prelado para probarla, diciendo que por qué consentía que la escribiesen y llamasen fundadora de las Descalzas; y la humilde Santa, con gran mansedumbre, respondió: “Mande V. R. que no me llamen así, que yo no lo echaré más de ver que si me llaman meramente Teresa de Jesús”.

Levantándole muchos falsos testimonios en Sevilla de cosas gravísimas, la Santa, al tener de ello noticia, repuso sin inmutarse y con gran paz: “Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quién soy, que en otras están todos engañados, y me tratan como ellos piensan que soy, y aquí como merezco”. Más, ¿qué mucho sufriese con igualdad de ánimo toda clase de afrentas quien se juzgaba merecedora de estar afrentada eternamente por los demonios en el infierno? ¿Qué extraño no se inmutase, viéndose injustamente culpada, la que se creía digna de toda clase de injurias? Así es que nuestra Santa se reía y holgaba cuando oía que llovían sobre ella acusaciones, injurias, burlas y calumnias, pues veía que siempre se quedaban cortos, y decían menos de lo que ella merecía. Cobrabales especial afición y cariño a estos tales, porque les agradecía que pudiendo decir cosas de ella que eran verdad decían las que no lo eran, o callaban parte de las que había hecho. A sus calumniadores y afrentadores amaba la humildísima Teresa de Jesús como a sus principales bienhechores. Esta conducta cristiana de Teresa de Jesús obligó a decir al Ilmo. Sr. Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, “que para ser amado en verdad, y alcanzar un beneficio de Teresa de Jesús, no había medio más eficaz que hacerle algún agravio o afrenta”.

¡Oh humildísima Teresa de Jesús! ¡y cómo confunde tu paz en el sufrimiento de las afrentas nuestra ira y enojo, el furor que se apodera de nosotros cuando nos vemos injustamente humillados! ¡Tú santísima, y nosotros grandes pecadores! ¡y no obstante, en nuestro seso presumimos de espirituales porque nos llamamos malos y pecadores! ¿Hasta cuándo, Santa mía, han de contradecir nuestras obras a nuestros deseos y palabras?

El nardo, dicen los naturalistas, no despide su olor suavísimo hasta que es pisoteado y aplastado. Así nuestra virtud no esparcirá el buen olor de Jesucristo, olor de suavidad que embalsama al mundo, hasta que abracemos en paz los oprobios y vilipendios que nos salgan al encuentro en el camino de la vida. “Consideraos, dice el enamorado de santa Teresa de Jesús, el doctor de la Iglesia san Liborio, consideraos como un perro muerto y podrido, y que así mereceréis ser aborrecidos de todos; y ofreced a Dios que sufriréis por su amor, y en

satisfacción de los disgustos que le habéis dado, cualquier vilipendio, sin permitir a vuestro amor propio queja alguna”.

Dura es esta doctrina, pareceme oír exclamar a alguno de mis lectores; ¿y quién podrá practicarla con paciencia si sólo oírla ya da grima y enojo, y hace que se rebele el corazón contra ella?- Es verdad, amante Teresiano, que es dura, y que contra ella se rebelan las pasiones mal mortificadas; más esta dureza se trocará en suavidad y dulzura si piensas que otros desprecios más grandes merece quien ha tenido el atrevimiento de despreciar a Dios; el tal merece estar sin duda debajo de los pies de los demonios por toda una eternidad. ¿No debe, pues, recibir con alegría y como una gracia singularísima estar bajo el dominio de las lenguas de los hombres para ser purificado y labrado por unos días, a fin de ser después para siempre ensalzado sobre las nubes y sentarse al reino de Dios ciñendo corona de gloria e inmortalidad?

Dura en verdad es esta práctica de la humillación, pero más duro será en el día de la cuenta verse numerado entre los soberbios, y excluido del reino del cielo. Queríamos ser humildes sin humillaciones, y esto es imposible, después que el Hijo de Dios se humilló, se abatió, se anonadó por curar nuestra soberbia.

Así que, hermano mío, hagamos de la necesidad virtud, nos clama la humilde santa Teresa de Jesús. Ya que no podemos pasar sin ser humillados, recibamos, si no con alegría, a lo menos con paz, con resignación cristiana estas humillaciones, que son las piedras preciosas con que se va tejiendo la diadema de gloria que adornará nuestras sienes en el cielo.

Quizás, lector querido, se doblegará mejor nuestro orgullo a abrazar la santa humildad refiriéndote un hecho de nuestra humildísima Santa que maravillará no poco tu altivo corazón:

“Una vez, cuentan los historiadores de su vida, salió santa Teresa de Jesús al refectorio andando con pies y con manos como bestia, con un serón de piedras y una soga a la garganta, y una hermana que le llevaba de diestro, diciendo sus faltas con gran humildad, como si fuera una novicia que por su aprovechamiento hubiera pedido aquella mortificación a la Piora con gran instancia y fervor...”.

Mírate en este espejo de humildad, hermano querido. Contempla a la Santa, a cuyos pies se postraban obispos y arzobispos para recibir la bendición...

Considera a la Doctora de la Iglesia y de los místicos Doctores en tan humillante posición.

Admira a la mujer grande en la más profunda humillación que pueda inventarse...

Y mírate a ti mismo, contéplate, compara tu conducta, tus sentimientos, tus palabras y tus obras con las de Teresa de Jesús... Maravíllate que tales y tan grandes ejemplos de humildad no han curado aún la soberbia de tu corazón... ¿Qué resuelves, pues? ¿Continuarás siendo soberbio, y queriendo pasar plaza de devoto, admirador y entusiasta de la humildísima Teresa de Jesús?

O sobra el llamarse devoto, o el ser soberbio. Escoge.

## **DESDE LA SOLEDAD...**

Dadme cada día un cuarto de hora de oración, y yo os daré el cielo. ¡Almas! orad, orad, orad, porque todo lo puede la oración.

*(Santa Teresa de Jesús)*

Suponiendo en ti, lector querido, el propósito eficaz, o una grande y determinada determinación de no faltar ningún día al ejercicio de la oración por un cuarto de hora, suceda lo que sucediere, murmure quien murmurare, mas que se hunda el mundo, como decía santa Teresa de Jesús, voy con el favor de Dios y las enseñanzas de la seráfica Doctora a darte nuevos consejos, a proponerte nuevos medios para facilitarte tan santo y necesario ejercicio.

No me llames, por Dios y su santa esposa Teresa de Jesús, pesado e inoportuno, si siempre te repito, te encomiendo y encarezco que ores, que a lo menos un cuarto de hora cada día dediques al ejercicio de la oración. Porque te amo sinceramente (sabe Dios que no miento), porque conozco que la falta de oración o meditación es la causa fundamental de todos nuestros males presentes, y el remedio más universal, más fácil y más eficaz para curarlos es

la oración, no me cansaré de repetirte las encomiendas de mi Madre santa Teresa de Jesús: ¡Almas! orad, orad, orad, porque todo lo puede la oración.

Además de que, como solitario e hijo y discípulo de la Maestra por excelencia de oración, tengo el deber de predicar tan provechoso y olvidado ejercicio. Que si el Apóstol de la caridad sólo repetía a sus hijos en su ancianidad: "Hijos míos, amaos unos a otros, porque haciendo esto cumplís toda la ley"; yo, apóstol de la oración, debo clamaros a vosotros que vivís en medio del bullicio y aturdimiento del mundo: "Orad, hermanos, y con la oración os santificaréis y os salvaréis. Es tiempo perdido el que no gastéis en oración. Dejadlo todo antes que dejar la oración". Y como sé por experiencia que Satanás os moverá infernal y pesadísima guerra para haceros abandonar cosa en que os va la vida eterna, permitid que os lo recuerde para que nunca os dejéis vencer de sus fieros ataques.

Supuesto, pues, en ti, lector querido, el propósito inquebrantable (pues sin él nada te será de provecho) de no faltar ningún día de dar a Dios y a tu alma ese rato de oración, veamos qué es lo primero que debes practicar. Nos lo enseña santa Teresa de Jesús por estas palabras: "Para rezar como es razón, la examinación de conciencia, y decir la confesión y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía".

¡Oh qué bien dicho! ¡qué sublime y sencilla, qué provechosa y fácil enseñanza! Tengo para mí que de olvidarnos de ella nos viene todo el mal, el no saber tener oración.

"Pues si estáis sola, hija mía, procurad tener compañía". ¡Cuánta verdad! Sí, hermano querido; estás solo, aunque te parezca estar muy acompañado. Está solo tu pobre corazón, y si tiene algunos amigos y compañeros queridos, es para darle batalla e importunarle durante el rato de oración. ¡Oh soledad de corazones! ¡Cuán triste y común eres entre los que viven en medio del bullicio del mundo! Caracteriza a nuestro siglo egoísta la soledad. Cada uno lo quiere todo para sí: honores, placeres, felicidad, atenciones: que los otros vivan solos y se consuman de tristeza en el más cruel aislamiento, con tal que yo nade en la abundancia acompañado de todo lo que me deleita. He aquí la aspiración de infinitos corazones que no saben o no quieren orar, unir su espíritu al espíritu amoroso de Dios Padre.

Muchas veces ha llorado el Solitario tanta desdicha, lector querido. He visto personas que viven en sociedad, rodeadas de numerosos aduladores; pero su corazón está solo, su alma vive encarcelada, y como desterrada en horrible soledad. ¡Pobres almas! ¡pobres corazones solitarios! ¿Estáis solos? pues seguid la voz de vuestra Madre y mejor maestra Teresa de Jesús, y procurad tener compañía. Para ello poneos en soledad real, si es posible, mas que sea un cuarto de hora, y probaréis la verdad de aquel dicho: "Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo; y siempre que estuve entre los hombres, volví triste y desconsolado, y menos hombre".

En esa soledad del alma que buscáis para hallar a Dios, hallaréis la compañía más dulce, más consoladora, más fiel. Los Ángeles, amigos míos, se insinuarán a vuestros corazones, acompañando vuestra soledad, y dándoos deleite con castos pensamientos, con pías mociones; y Jesús, el verdadero amigo de las almas, os hablará al corazón. ¡Tiene tantas cosas que contaros el buen Jesús! ¡tantos avisos que daros, tantos consejos y secretos que descubrirnos! ¡Y lo desea tanto! Porque os ve solos, y os ama mucho y observa que estáis tristes, se acerca muchas veces, aún andando por el camino de la vida distraídos, a nuestras almas; y como hizo con los discípulos de Meaux, nos pregunta con interés: "¿Por qué estas triste? descubre a mi Corazón la causa de tu tristeza, y yo te consolaré. Yo, siendo la alegría del cielo y de la tierra, quise también por tu amor estar triste, y acongojado con profunda y mortal tristeza. Ábreme tu corazón con franqueza de amigo, y te consolaré".

Pues estáis solos, amigos míos, procurad la compañía de Jesús: le hallaréis a medida de vuestro deseo. Si estáis triste, triste; si alegres, alegre. Representad a este Señor y Maestro de nuestras almas junto con vos, más aún, dentro de vos, en medio de vuestro corazón. Este aviso es importantísimo para hacer bien oración.

Tengo para mí que la mayor parte de las distracciones que experimentamos, del disgusto que sentimos al darnos a la oración, proviene de que vamos a buscar al Señor con quien hablamos, lejos de nosotros allá en el cielo empíreo, mientras divagamos por este mísero suelo. En Dios vivimos, dice el Apóstol, nos movemos y somos, mejor que el pez dentro del agua, que el ave en la espaciosa región del aire. No está lejos el Señor de nosotros, sino que habita en el corazón del alma fiel, mejor que el rey mora en su palacio. El reino de Dios dentro de nosotros está. ¡Oh si te persuadieses de esta verdad, tú, oh alma sola, desterrada! ¡cuán presto tendrías suavísima y deleitable compañía! ¡Oh si te penetrases de esta enseñanza, tú, alma dispada y distraída! ¡cuán pronto recogerías tus sentidos y potencias, y te recrearías con

el Amado, y gozarías gran contentamiento y paz! Mas ¡ay! como somos tan tardíos en procurar esta santa y dulcísimo compañía, el buen Jesús nos deja penar para probar si de esta suerte, después de haber experimentado lo amargo que es vivir sin su compañía, nos volvemos de todo corazón a El, para nunca más ausentarnos de su lado.

¡Oh buen Jesús! ¡oh mi amado Jesús! verdaderamente confesamos que donde estás tú allí está el paraíso y la vida, y donde tú haces ausencia allí reina la muerte y el infierno. Vivir contigo es dulce cielo; vivir sin ti, oh mi fiel amigo Jesús, es duro destierro. Ven, pues, Jesús, y no te apartes de tu siervo. Mira que nos han dejado acá en tierra de enemigos donde es continuo el batallar y sufrir. Esfuérganos con tu ayuda y presencia, y en el rato de oración descende con tu gracia y amor como descende el suave rocío a refrescar las flores mustias y casi secas de nuestro árido corazón.

Esta gracia lograremos todos, lectores queridos, si siguiendo los consejos y enseñanzas de Teresa de Jesús nos esforzamos a procurar tener compañía representando al buen Jesús en nuestro interior como rey, como maestro, amigo y esposo de nuestras almas. Os lo promete de parte de su querida Madre la gran Doctora de la oración Teresa de Jesús, el que tiene por su mayor gloria ser y repetirse su hijo y hermano en Jesús,

EL SOLITARIO

## ¡JESÚS MÍO, MISERICORDIA!

Vamos a descubrir un secreto a los amantes teresianos celosos, como su seráfica Madre, de promover los intereses de Jesús, hoy día tan de baja con tantas blasfemias.

¡Oh Dios mío! ¡Qué cosa más horrible, qué síntoma más fatal de perdición para la actual sociedad es la facilidad y frescura infernal con que se blasfema de todo lo más santo y sagrado! Estrechase en infame lazo en boca del blasfemo lo más alto y limpiísimo del cielo con lo más vil y asqueroso de la tierra. ¡Y con qué frecuencia! ¡Gran Dios! ¿no hay un Ángel que castigue a estos blasfemos, como castigó un día a Senaquerib?

¿No es verdad, lector querido, que mil veces te has llenado de dolor y de santa cólera al oír pasando por la calle o desde tu habitación las más soeces palabras, las más infernales blasfemias? ¿No es cierto que has deseado tapar esas bocas del averno que vomitan palabras de inmundicia y de sacrilegio?

Yo creo que habrás llorado en tu corazón tanto desenfreno e impiedad miles de veces, y habrás alzado los ojos al cielo pidiendo remedio, pues en la tierra no hay que esperar de las autoridades humanas.

Pues bien; como amigo que te ama y se interesa por promover la gloria de Jesucristo menospreciada, te digo que no hallarás medio más seguro y eficaz, para cerrar estas bocas infernales, que repetir así que oigas una blasfemia, las palabras de salud con que encabezamos este articulo: ¡Jesús mío, misericordia!

Es probado, lector querido, no sólo una, sino muchas veces. Voy a contarte el sucedido que ha dado ocasión a escribir estas líneas y a recomendarte y descubrirte este secreto.

Iba declinando el día ocupado en mi celda leyendo la *Vida triunfante* de Teresa de Jesús. Por mi desgracia pararon a hablar dos blasfemos descarados debajo de mi ventana, y a las pocas palabras empezaron a vomitar tan horribles blasfemias, que mi corazón se cubrió de dolor y mis ojos de lágrimas, y cerrando el libro, y elevándolos al cielo no supe más que exclamar: ¡Jesús mío, misericordia! Continuaba la blasfemia, y continuaba yo también clamando al corazón de Cristo: ¡Jesús mío, misericordia! No bien hube repetido cuatro veces esta jaculatoria, cuando cesaron las blasfemias, y aunque siguió animada más que antes, si cabe, su infame conversación, no profanaron ya más el santo nombre de Dios. Con esto quedé yo tan consolado, que resolví al momento trasladar al papel el hecho, para que te sirva de enseñanza y la aproveches a mayor gloria de Dios.

Pruébalo, lector querido, te lo pido por el amor de Jesús y de su Teresa. Si repites a menudo: ¡Jesús mío, misericordia! ¡Jesús mío, misericordia! ¡cuántas bocas sacrílegas taparás! ¡cuánto gozo darás a los Ángeles! ¡cuánta gloria a Jesucristo! ¡cuánta rabia al infierno!

¡Jesús mío, misericordia! este ha de ser el grito de todo pecho español y católico que ame y se interese por el bien de la Religión y de su Patria, una y otra hoy tan abatidas en castigo especial de tantas blasfemias como se levantan contra el cielo. Sí, la blasfemia es lo que levanta de la tierra al cielo vapores de ira y de venganza que arman el brazo de Dios,

formando nubes de tempestades que descargan sobre nosotros guerras, pestes, desolación, fieros males.

El nombre dulcísimo de Jesús, unido al clamor de misericordia, hará que estas nubes de castigos se alejen de nuestro cielo, o se tornen y disuelvan en lluvia benéfica que cayendo sobre los agostados pechos hagan germinar y florecer la fe, la piedad y todas las demás felicidades. Jesús mío, misericordia por España, por tu Iglesia, por los blasfemos y por el

*Solitario*

## **EL CORAZÓN DE JESÚS, NUESTRO REFUGIO EN LOS PELIGROS**

Un espectáculo conmovedor ofreciese una vez a un gentío inmenso en Calcedonia mientras celebraba sus juntas al aire libre. Una ave de rapiña lanzase sobre un pajarillo que alegre revoloteaba y cantaba por la inmensidad del espacio, el cual, no hallando otro lugar seguro para libertarse de las uñas de su enemigo, se arrojó al seno del filósofo Senócrates demandando asilo y protección. Sacó la avecilla de su seno al filósofo, y mostrándola al pueblo admirado le dijo. “Es un deber dispensar protección al que huye y la suplica”.

Lo que el instinto de conservación enseñó a esta avecilla ¿no nos lo enseñará a los cristianos la razón ilustrada por la fe? También nosotros, cual incautas avecillas, vamos cruzando el espacio de la vida distraídos en mil diversas cosas, y acechados por el ave de rapiña, el demonio, que busca un instante en que nos hallemos descuidados, para darnos muerte. ¡Felices nosotros si en aquel momento nos arrojamos al seno del mejor de nuestros amigos el buen Jesús, y nos guarecemos en su Corazón adorable! Desde allí como de un asilo seguro desafiaremos y superaremos toda clase de peligros.

Conocía el divino Jesús al morir la multitud de enemigos y peligros que nos cercarían a todas horas, y queriendo dejarnos un refugio, un lugar de asilo, no halló otro ni más seguro ni más amable que su hermoso Corazón. Por eso nos lo dejó abierto, para que podamos entrar en él. ¡Felices nosotros si, ya que no la fe y la gratitud, al menos la necesidad nos fuerza a habitar en este lugar de protección! Porque además de morar bajo la protección del Altísimo, quedarán plenamente satisfechos todos los deseos y gustos de nuestra pobre alma.

¡Pretendes, alma cristiana, ser amiga o esposa del buen Jesús? Pues sábetete que no hallarás amistad, ni lecho más delicioso que el que te ofrece el Corazón de Jesús. ¿Eres paloma casta que quiere colocar el nido de sus amores en lugar seguro, en el agujero de la peña? Ninguno hallarás mejor que el Corazón de Jesús. ¿Vives cuál tórtola triste que suspira a su Dios con amorosos arrullos y gemidos demandando consuelo? Pues en el Corazón de Jesús encontrarás tu consolación. ¿Por ventura cuál pajarillo solitario ansías gozar a solas de tu Dios en delicioso retiro para abrirle tu corazón? Pues no hay lugar más retirado, ni soledad más amable que el Corazón de Jesús. Aquí el hambriento halla el maná, el sediento fuente de agua de frescura, el triste alegría, el tentado fortaleza, el perseguido refugio, el pecador gracia, el turbado paz, y todos delicias y hartura del Corazón.

Venid, pues, todos a adorar, a amar y morar en el Corazón de Jesús. Venid, que la puerta está abierta: franca es la entrada, no hallaréis guardias que os griten atrás. ¿Cómo? Mi divino Jesús, que permitió la primera entrada por su corazón al hierro duro e insensible de la lanza del soldado, ¿desechará mi pobre corazón, que desea curarle esta herida? ¿Por ventura, Bien mío, es más duro, más insensible o más vil que este hierro mi corazón? Y aunque lo fuera, ¿no se despojará de su baja condición con el contacto divino de tu Corazón adorable? Tú dijiste: “Cuando seré exaltado de la tierra, todo lo atraeré a mí”. Si no atraes a mi corazón, más aún, si lo desechas cuando viene contrito a ti, ¿cumplirías tu promesa? ¡Oh dulce imán de los corazones bien nacidos, Corazón de mi amado Jesús! atrae a ti a nuestro pobre corazón, más pesado que el hierro. ¡Oh centro de todos los corazones! haz que descansemos en ti. Por ti vivamos, contigo muramos y en tu gloria reinemos. Santa Teresa de Jesús, cuyo corazón en vida y aún después de su muerte tan semejante fue al de Jesús, alcánzanos esa gracia a todos tus devotos, tú que todo lo puedes, porque nada sabe negarte tu enamorado Esposo Jesús.

*Un devoto del Corazón de Jesús y de Teresa de Jesús*

# LAS HORAS SERIAS DE UNA JOVEN CATÓLICA

## II

### VALEMOS MUCHO

No sé muchas veces qué decir sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y como la apocamos con cosas tan apocadas, como son las de la tierra. Dénos el Señor luz.

(*Santa Teresa de Jesús*, carta nº 30 a su hermano Lorenzo de C.)

Siempre que me paro a considerar la conducta de algunas, o por desgracia de muchas jóvenes cristianas, al ver que como el inconsiderado Esaú venden por una nonada su conciencia, su alma, su Dios y reino eterno... las lágrimas se asoman a mis ojos y quisiera recordarles clamando con toda mi alma: ¡Valemos mucho, oh jóvenes católicas! ¿por qué, pues, os vendéis a tan bajo precio al mundo, a Satanás, a una innoble pasión? Sí; valemos mucho, porque somos hijas de María que es hija, esposa y madre de Dios, que es el tipo celestial de la mujer cristiana. La sola cualidad de hijas de María nos obliga a imitarla, a elevarnos sobre los sentidos, a aspirar como Ella, a unirnos a Dios. Si no nos desviamos de este fin, cualquiera que sea en el porvenir nuestro nombre de vírgenes, hijas, hermanas, esposas, madres, sostendremos nuestra libertad cristiana, inspiraremos un sentimiento de respeto y religiosa veneración, y reinaremos sobre el corazón del hombre reinando sobre nosotras. En cualquier estado que abracemos seremos un poder bienhechor; seremos honradas si hemos sabido cumplir nuestra misión, y nos haremos acreedoras al divino elogio, digno de ser grabado en letras de oro: *Donde no está la mujer, gime el desgraciado.* (Eccli. XXXVI, 27)

¿Por qué, pues, empeñarnos en hacernos valer tan poco? ¿No os parecería extraño, y hasta puede decirse sería una necedad, el que no supiésemos apreciar una rica joya por su justo valor? ¿Qué diríais de una joven que diese por algunos céntimos sus magníficos pendientes o collar de brillantes? Sin duda la calificaríais de necia, y si no os rieseis mucho de ella, por caridad os inspiraría compasión su crasa ignorancia; porque si supiese el valor de sus brillantes y lo que habían costado a sus padres, no los hubiera dado por tan vil precio. Las jóvenes, pues, que rinden culto a sus pasiones, que prescinden de su conciencia, de su alma, de su Dios y de la gloria eterna, es porque ignoran lo que valemos y por qué valemos.

Si consideramos con alguna detención cuánto ha costado nuestra alma a nuestro Redentor Jesús (y esto que no podemos por cierto juzgar que dio más de lo que valemos, pues entendía bien lo que somos), no podremos menos que convencernos de la verdad del lema de este artículo, y poner los medios que están de nuestra parte para que no se malogre lo que hemos costado al buen Jesús, mercader divino, celestial, de nuestras almas. Según los designios de la divina Providencia, para salvar a nuestras almas y la de cada una de nosotras en particular, fue absolutamente necesario que Jesús naciese y viviese enseñando, rogando y mereciendo por esa nuestra alma; fue preciso que satisficiera, sufriese y derramase su sangre, y que por fin muriese en una cruz. Pero el Corazón dulcísimo de Jesús sabía que, aún con todos esos sacrificios, era imposible la salvación de las almas, y no contento con habérsenos dado todo, nos dejó ese don sobrenatural participante de la naturaleza divina, cual es la gracia santificante; sobre este precioso don se acumulan actos dulcísimos y amorosos que nos facilitan el aprovecharnos de los méritos que por nosotros granjeó Jesucristo. ¡Oh poder de la divina gracia! Nuestra Madre santa Teresa de Jesús solía decir que sólo por poseer un átomo de ella sufriría gustosa todas las penas y trabajos que puedan imaginarse hasta el fin del mundo.

Si comprendiésemos la gran dignidad de nuestra alma, pondríamos mayor empeño en salvarla y procuraríamos salvar las de nuestras hermanas, seguras de que así cooperaríamos a extender considerablemente el reinado del Corazón amantísimo de Jesús, porque son las almas sus más caros intereses. ¡Cuánto podríamos por este medio recompensar de algún modo lo que ese Corazón purísimo ha hecho por nosotras! Pero hacemos tan poco aprecio de su encendido amor, que como si en el mundo hubiese algo digno de mayor estima, nos

dejamos llevar de sus puerilidades y nos vamos tras ellas, como si él pudiese hacer por nosotras más de lo que ha hecho el buen Jesús.

Para que comprendáis bien lo que sois, en este siglo de rebajamiento de caracteres, bueno será inspiraros una idea elevada de vosotras mismas. Quisiera nos estimáramos todas como hijas de reyes, como nobilísimas princesas a quienes desdice hacer la menor acción innoble o villana; y que por lo mismo han de poner el mayor cuidado en todas ellas, porque es más notada una pequeña falta suya, que las mayores cometidas por jóvenes de más baja condición. Tales debemos en verdad juzgarnos, oh jóvenes católicas, porque somos hijas de Dios, que es rey de reyes; hijas de María inmaculada, cuyos nobilísimos padres eran de la tribu de Judá y descendientes del linaje real de David; hijas de Teresa de Jesús, también de noble e ilustre familia. No dudo que como buenas hijas procuraréis no manchar la limpia sangre de *vuestros ascendientes*. Nobleza obliga, se ha dicho. Oblíguennos, pues, tan honrosos títulos a primero morir que envilecernos cometiendo un solo pecado, una acción indigna.

Además valemus mucho si atendemos a nuestro origen, como vimos en las ligeras reflexiones que por vía de ensayo escribimos en la *Revista* del mes próximo pasado.

Valemus mucho por nuestro fin altísimo; por los designios que Dios tiene sobre la juventud católica femenil; y sobre todo, por la importancia de nuestra misión.

Valemus mucho por los infinitos medios que tenemos para engrandecernos, y porque el demonio, como a Jesucristo, nos lo ofrece *todo*, con tal que descendiendo de nuestra dignidad, vendiendo nuestra alma, le adoremos. ¡Vaya, si será discreto el *negrito*! sabe cuánto es nuestro valor, y quiere comprarnos a toda costa, arrebatar nos a Dios, que por tantos títulos le pertenecemos, privarnos de la gloria y lanzarnos a la eterna desdicha de que él se ha hecho acreedor por su rebeldía. Yo no creo que ninguna hija de Teresa de Jesús tenga el pésimo capricho de adorar al *ladino*, como le llama nuestra Madre, y sí que todas sabréis entender sus mañas y dejarle burlado.

Por fin, valemus mucho, porque el mundo nos adula, idolatra, como dice en su falso lenguaje: nos ofrece un porvenir de gloria, placeres, felicidad, y sólo nos da desengaños, tormento, muerte. Supongo que todas estáis convencidas de esta verdad; pero como las mujeres tenemos cosas tan extrañas, permitidme os advierta que no os suceda con el mundo lo que suele acontecer con los enamorados, que comúnmente profesan mayor cariño al que con más infidelidades e inconstancia se conduce.

Así, pues, en este mes consagrado a honrar al Corazón amantísimo de Jesús, no dejéis de meditar los grandes beneficios que nos ha dispensado; este articulito os da materia abundante para ello, y debe ser en estos días nuestro tema predilecto. Pedidle a ese Jesús dulcísimo que se desprenda una viva centella del fuego que arde en su divino Corazón, que derrita el hielo de nuestros insensibles corazones y los abraze en llamas de más puro y generoso agradecimiento hacia El, que desde la eternidad nos ama con tanta ternura. No suplicaremos solas: la seráfica Teresa pedirá también por nosotras sus hijas, pues está tan cerca de su Jesús. Unidas a ella adquiriremos todo nuestro valor y seremos todas de Jesús, como Jesús es todo nuestro.

*Una hija de María inmaculada y Teresa de Jesús.*

## LA ROSA

### FÁBULA

(A Flora)

Ya sé que aunque lo eres  
no te haspreciado nunca de ser hermosa,  
que la beldad del alma tú prefieres;  
pero escucha la historia de una rosa,  
que tú podrás contar a otras mujeres.-  
Era una rosa... Nunca más ufana,  
más bella y más gentil la has visto, Flora:  
¡cómo erguía su frente hechizadora  
y ostentaba su túnica de grana  
cabe el raudo cristal de linfa pura,  
que copiaba su gracia y hermosura!

“¿Quién más bella que yo” la flor decía,  
meciendo el tallo con gentil espejo  
y mirando su pompa y bazarria  
del claro arroyo en el brillante espejo?  
Aún esto dice, cuando  
al viento se le antoja  
mover un leve soplo, que tocando  
quedamente a la flor, ya la deshoja,  
de suerte que el arroyo va arrastrando  
sin piedad de la flor hoja tras hoja.-  
Esta fábula, oh Flora, si tú quieres,  
contarla bien podrás a otras mujeres.

J. A.

## **ORA MÁS, MÁS, MÁS.**

*(Palabras dichas a la venerable Ana de san Bartolomé)*

Al ver el descuido en que viven muchos españoles que se precian de católicos, de rogar a Dios ponga fin a los males que afligen a nuestra pobre España; al contemplar lo poco que importunamos al cielo demandando remedio a las necesidades cada día más extremas del pueblo español; al observar en fin que teniendo nuestra patria dos valedoras y patronas sin igual en María inmaculada y Teresa de Jesús, apenas nos acordamos de interesarlas por nuestra España que tanto aman y anhelan ver feliz, respetada en lo exterior y en paz en lo interior, creemos oportuno recordar un hecho que nos demuestra cuánto puede la oración fervorosa del justo en circunstancias críticas, para avivar la fe en la eficacia de la oración, pues sospechamos que este criminal descuido de los buenos procede de la falta de fe en este punto.

La venerable Ana de san Bartolomé, la más querida, o una de las más queridas hijas y compañeras de santa Teresa de Jesús, por dos veces libró con sus oraciones de caer en manos de los enemigos la ciudad y castillo de Amberes que reconocían a los católicos reyes de España. El año 1622 quiso Mauricio, príncipe de Orange, con doce mil soldados y veinticuatro piezas de artillería, apoderarse por sorpresa de dicha ciudad. Despertó el Señor a la venerable Ana, a quien había puesto por muro de aquellos países, para que con su oración hiciese frente al enemigo; la cual, convocando a todas sus hijas, les mandó que velasen en oración continua, porque según la fuerza que le hacía el Señor estaban en vísperas de un gran trabajo, y añadió a la Madre Teresa de Jesús, íntima amiga suya: “¡Ay, hija, qué cansada estoy! parece que tengo molido todo el cuerpo; alguna gran traición debe de haber, porque toda esta noche me parece he estado peleando y me han hecho grande fuerza para que orase, y cuando rendidas ya las fuerzas quería, para descansar, bajar los brazos que tenía levantados para clamar a Dios, me decían siempre: *Ora más, más, más*. Y aunque hubiera peleado con un ejército entero, no estuviera tan cansada, y estoy metida toda en una agua”. Mudáronle la túnica, y perseveró en oración hasta que le dijeron: *Ya está hecho*. Con esto se sosegó la venerable Ana, y dentro dos horas se supo el efecto de su oración, porque si la del justo penetra las nubes, la de esta querida compañera de Teresa de Jesús, no sólo las penetró, sino que las armó contra los enemigos de su Dios y de su patria. Porque se levantó tan fuerte tempestad que descompuso el ejército holandés, y deshizo muchas naves, y con muerte de gran parte escaparon los demás confundidos, entre ellos el mismo príncipe de Orange, teniendo que confesar, aunque con dolor y despecho, que pudo más una mujer, solo con levantar sus manos suplicantes al cielo, que todas sus armas y poderío.

¿A cuántas almas buenas clamará Teresa de Jesús desde el cielo: Orad más, más, más, en vista de las necesidades siempre más extremas en que se encuentra la Religión y su patria? No sean sordas estas almas justas, pues quizás de su perseverancia en la oración depende la salvación de España y del mundo entero. Oremos más todos, y la misericordia del Señor descenderá copiosa sobre todos nosotros.

En vista de este hecho no será difícil además contestar a los que preguntan con malicia y con despecho: ¿De qué sirven las monjas?

C.

**DICHO QUE LA VENERABLE MADRE ANA DE JESÚS  
DIJO POR LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE NUESTRA SANTA MADRE  
TERESA DE JESÚS**

(Continuación)

*A la tercera pregunta*, digo: Que se tomó Dios a la Madre Teresa de Jesús por principio y medio de la renovación de nuestra sagrada Religión, porque ella me decía, que estando en el monasterio de la Encarnación de Ávila acordándose de la perfección con que en la regla primitiva sin mitigación servían a Nuestro Señor en esta Orden del Carmen, deseaba mucho hubiese algún monasterio donde se guardase así. Y en este deseo la comunicó Dios lo que en sus libros dice, y con el intento y fin que allí declara, “de que hubiese gente que con perfección sirviese a Dios y pidiese el remedio de su Iglesia”. Que la afligía mucho ver lo que la perseguían en este tiempo los herejes, y los muchos templos que deshacían, y así le era muy fácil padecer grandes trabajos por la fundación de estos monasterios de monjas y frailes.- Sé cierto, fue el principio y medio de todos los que en su vida y después de muerta se han fundado, porque yo recibí el hábito en la primera casa que se hizo de esta Orden en Ávila (siete años poco más o menos después que se fundó)<sup>1</sup>, y desde que entré hasta ahora, ya veintiséis años, he visto y entendido tantas particularidades, que me han hecho cierto de esto, que sería nunca acabar decirlas, y las que sé cierto de que fue fundadora de los frailes<sup>2</sup>, porque el mismo año que recibí el hábito en Ávila, antes que profesase, me trajo nuestra Madre a la fundación de esta nuestra casa de Salamanca<sup>3</sup>, y en Mancera que está en el camino estuvimos las que veníamos en el convento de los frailes Descalzos, y nos mostraron y dijeron lo que nuestra Madre Teresa de Jesús, y su compañera Antonia del Espíritu Santo, les habían trazado y enseñado a componer en la fundación de aquel convento, en el cual estaban entonces los primeros dos Descalzos que había habido; que era por prior el P. Fr. Antonio de Jesús, y por superior el P. Fr. Juan de la Cruz, los cuales habían recibido todo el orden y modo de proceder que tenían de nuestra santa Madre, y ella nos contaba con gran gusto las menudencias que ellos la preguntaban, y del arte que cinco años, poco más o menos después que hizo la primera casa de monjas, se los había Dios traído estos dos Padres, y ellos en particular me dijeron a mí misma muchas cosas de las que en esto pasaban, con que sé cierto, que tan fundadora de ellos como de nosotras, y ese lugar lo tienen ellos y tendrán siempre.

*A la cuarta pregunta*, digo: Que en todas sus oraciones vi en nuestra Madre tanta fe, esperanza y caridad, que en todas nosotras aumentaba estas virtudes con su ejemplo, y a muchas personas seglares de las que la trataban oí decir lo mismo, y particularmente en la fe la vimos emprender cosas grandísimas con tan gran confianza, que nos espantaba verla tan segura de que habían de hacer sin arrimos humanos, y así la decíamos en algunos casos: “¡Madre, esto imposible será!” y ella nos respondía: “¡Oh si supiesen fiar de Dios, y entender que estas cosas de su servicio siempre las favorece por los medios que menos pensamos!”. Y así era que en fundaciones y otras cosas muy dificultosas salía con lo que comenzaba. Y el obispo de Ávila, D. Álvarez de Mendoza, que fue el primer prelado que allí tuvimos, dijo: “¡Voto a mi vida, que yo no entiendo a la Madre, más creola porque siempre se efectúa lo que comienza<sup>1</sup>”. Y así, en lo que parecía imposible, nos preguntaba el Obispo, “¿si le habíamos oído decir que se haría?” y diciéndole que sí, decía: “Pues ya lo doy por hecho”.

De esto hay tantos testimonios en la fundación de los monasterios, y en personas que apaciguaba con su trato, y a prelados que estando muy disgustados con ella por diferentes informaciones que les hacían, y diciendo algunas de nosotras la pena que aquello nos daba, decía: “Yo espero en Dios se amansarán y nos ayudarán en todo”. Y así lo veíamos en lo mismo que ellos contradecían.

También se le veía la vive fe que tenía en el amor y reverencia con que usaba de los Sacramentos, y la estima y devoción que mostraba en todas las ceremonias de la Iglesia, y en

---

<sup>1</sup> Fundación de Ávila 24 agosto 1562. Ana de Jesús tomó el hábito el 1º de agosto de 1570.

<sup>2</sup> Fundación de Duruelo el 28 de noviembre de 1565. Traslación a Mancera, el 11 de junio de 1570

<sup>3</sup> Fundación de Salamanca, el 1º de noviembre de 1570.

el consuelo que le daba tomar tan a menudo el agua bendita, que nunca quería caminásemos sin ella; y por la pena que le daba si alguna vez se nos olvidaba, llevábamos dos calabacillas de ella colgadas de la cinta, y así siempre quería la pusiésemos una en la suya, diciéndonos: “No saben ellas el refrigerio que se siente teniendo agua bendita; que es gran bien gozar tan fácilmente de la sangre de Cristo”. Y cuantas veces comenzamos por el camino a rezar el Oficio divino nos la hacía tomar, y en llegando a alguna iglesia, que nos postrásemos todas con profunda reverencia. Aunque estuviese cerrada la puerta, se apeaba y hacía esto, diciendo: “¡Qué gran merced que hallemos aquí la persona del Hijo de Dios! ¡desdichados de los que la echan de sí!”. Ponía grandísimo cuidado en que los sacerdotes que iban con ella de camino por ningún caso no dejasen de decir misa ningún día. Y por no hallar recado para decirla, todos los que iban, que falta para uno, decía a las que allí estábamos: “Rueguen a Dios que se halle lo que falta para decir esta misa, que me hace mucha fatiga pensar si se ha de privar hoy la Iglesia del valor de este sacrificio”. Y al punto que nos estaba diciendo esto, casi milagrosamente se halló lo que faltaba para decir la misa; y así la dijo el P. Fr. Gregorio Nacianceno, que es Descalzo de nuestra Orden, y era una iglesia fuera de poblado donde la dijo, camino de Veas. También se le veía esta virtud a la Madre, en lo mucho que estimaba y quería a los que la tenían; y cuando veía algunos que con su letra y espíritu podían servir a la Iglesia, amábalos excesivamente, y decíanos: “Cuanto hay bueno en la tierra querría para estos, que pueden aprovechar en la Iglesia. Rueguen mucho por ellos y por los que tienen valor y talento natural para que se empleen en esto”. Y buscaban ocasiones para tratar y regalar a los que le parecían más siervos de Dios, y a nosotras nos encargaba mucho les respetásemos, diciendo: “Que en ellos podíamos servir a Nuestro Señor Jesucristo; que había sido grande la dicha de aquellas dos hermanas Marta y María, que le habían podido hospedar en su casa, y desdichadísimos los que, teniéndole en la tierra, no le habían sabido conocer ni servir”. Todo esto lo decía de manera que a quienquiera que le oía le aumentaba la fe y esperanza, que en todas las ocasiones se la vimos tener vivísima y firmísimo.

La caridad era tanta que jamás la vi oír trabajo que no derramase lágrimas, y diciendo una de nosotras, que era la Madre Antonia del Espíritu Santo: “Madre, habiendo tanto bien en los trabajos, ¿por qué nos ha de pesar de que los tengan?” fue tanto lo que la riñó y agravó esta ignorancia, que parecía había dicho un gran error, y por tal tenía ella el no compadecernos mucho unos de otros, y ayudarnos cuanto pudiésemos, y me contaba que no le era posible pasar ningún día sin hacer algunas obras de piedad. Dábala grandísimo consuelo cuando en las fundaciones la trataban de recibir algunas personas pobres, que en viéndoles con llamamiento y espíritu para esta Religión, las recibía de muy buena gana, y a las que no venían con este espíritu, aunque trajesen mucho, no las quería, y pesábala, si veía nos inclinásemos a recibir alguna por lo temporal, y decía: “Miren que no esto, que no ha sustentar, sino fiar de Dios solo, y así se me hacen mejor las cosas que fundo sin favores humanos: acuérdeselos esto después de yo muerta”.

Y así se lo ha dicho después a algunas prioras y personas que podían en ello, y ha hecho recibir de balde, sin dote, y aseguronos convenía recibir en cada casa alguna de estas virtuosas y pobres que viendo siempre fuesen gente honrada, hijas de padres muy cristianos, porque le parecía las favorecía Dios más, y así decía se le hacían mejor las fundaciones en que recibía alguna; y en las que más contradicción tenía, quería mucho a las humildes, y sentía dificultad en tratar a los que no se preciaban de ser pequeños.

Lastimábanla mucho los trabajos interiores que la comunicaban personas graves y pobres de lejos y de cerca. Unos por escrito, y otros de palabra, y cuando eran de escrúpulos y melancolías hacía mucha lástima, y con gran pena nos mandaba pidiésemos a Dios el remedio de estas cosas, que decía tenía experiencia de algunas, y así sabía el gran trabajo que era padecerlas, y el mucho tiempo y bien que las almas en ella perdían. Y así andaba con tanto cuidado hasta que sabía se habían remediado, que aunque fuese dejando su sosiego y quietud gastaba mucho tiempo en escribir y hablar a estas personas. Y de don Francisco de Fonseca (o Fuenseca) y otras personas que padecían estos trabajos interiores, supe en particular muchos de que se habían remediado con solo decirlo y escribirlo a nuestra Madre. Más era su piedad de manera que la oí decir, que cuando más no podía, estando en la Encarnación de Ávila, que es el monasterio en que ella profesó, antes que saliese a fundar estos de Descalzas, le acontecía estar algunos días tan mala y ocupada que no había podido servir en algo a las monjas, y así salía a dar un paso malo y oscuro por donde todas pasaban para ir al coro y dormitorio a estarse allí alumbrándolas con una cerilla por no acostarse sin hacer alguna piedad. A nosotras hacíanos muchas en cualquier ocasión y enfermedad. Cuando por la pobreza no podía regalarnos en otra cosa, le hacía en contarnos algunas cosas de

recreación, y buscar florecitas y hierbecitas para refrigerarnos, y siempre que podía nos hacía algunos regalos por su mano, y cuando íbamos de camino, y había comodidad en la posada de poder estar a solas, ella quería guisar lo que todas habíamos de comer, y así lo hacía; y en los conventos nos servía muchas veces en el refectorio y la enfermería, y con esto templaba el deseo que tenía de ejercitar la caridad, que mostraba había envidia a los que siempre podían usar de ella con los prójimos, mandábamos lo hicésemos en la oración, y más cuando había alguna particular necesidad, que en viéndola andar con este cuidado la dábamos por remediada. Y así lo vimos en muchas ocasiones de algunos que ajusticiaban, y otros que salían en autos de la Inquisición de que vimos notables conversiones. Digo las oímos de las personas que se habían hallado presentes, y una de estas fue un turco que atenazaron en Toledo, estando allí la Madre, que pidió el Bautismo a lo último y murió muy cristiano, y por disimular su oración, la Madre decía que la de otra monja que había allí lo había alcanzado, y casi siempre que había algún buen suceso de estos públicos, en que bien sabíamos había tenido cuidado, nos lo encubría y buscaba algún camino por donde nos hacia entender se había remediado. Más el consuelo con que quedaba y la fatiga que traía cuando no lo alcanzaba veíamos la caridad con que andaba en todas las ocasiones.

(Se continuará)

## DON PLÁCIDO

¿Conocen Vds. a D. Plácido? Es un muy guapo señor; ¿no es verdad? ¡Y qué amable, qué bondadoso, qué sencillote! Lo que es él enamora a todo el mundo con aquella sonrisita en la boca que da gozo de Dios el mirarle. A él todo le sienta bien, todo lo que hace él es con gracia, se le saluda por todo el mundo y se le venera en todas partes. ¿Qué más? ¡Ah! me había olvidado decirlos, aunque ya lo habríais presumido, que D. Plácido es muy rico, no sabe él mismo lo que tiene. Es lo que se dice un hombre feliz; de él sí que puede decirse que no lleva cruz.

Pero, poco a poco: quiero rectificar el concepto y decir la cosa como sea, no sea caso que venga después a decirme aquel caballero, que si soy o no soy fiel cronista.

D. Plácido desea ser feliz y no llevar ninguna cruz. El pobre señor lo desea. Mil veces me lo ha dicho: Yo haré todo lo que V. quiera; cumpliré todas mis obligaciones, como Dios manda; pero eso sí, quiero evitarme todas las molestias; he hecho el formal propósito de no tener disgustos ni enfadarme por nada, porque los disgustos hacen encanecer; ¿fatigas? ya sabe V. que, gracias a Dios, no necesito fatigarme para nada.

-¿Y mortificaciones, Sr. D. Plácido? Le pregunto yo. ¿Tampoco quiere V. mortificarse?

- ¡Mortificarme! ¿para qué? ¡Vaya; que sería un gusto muy original!

- Pues veamos, ¿qué quiere V., Sr. D. Plácido?

- ¿Sabe V. qué quiero? Vivir lo menos mal que pueda, sin ofender a nadie, y hacer años, amigo mío, hacer años.

- Está bien, amigo mío, le digo yo; todo eso lo desea V. Pero ¿y si todo eso no le sale como V. desea? ¿Está en su mano por ventura el evitarse las molestias, no sentir disgustos, pactar con los achaques y enfermedades que suelen acompañar a la vejez, librarse de las pesadumbres que abrevien la vida? ¿Es V. dueño de hacer todo esto?

- Tanto como eso, no señor, pero algo puede evitarse si uno quiere.

- Sí, efectivamente: la paciencia, la resignación cristiana pueden dulcificar las penas, templar los dolores, atenuar los disgustos; pero ¿no tenerlos? ... Vaya V., D. Plácido, a decir a su corazón: Corazón mío, cuidadito que sientas este dolor; alerta, corazón, que ese disgusto no te toque en la piel; y verá V. como el corazón callará, si V. lo quiere, pero manará por ventura sangre en silencio, y será tanto más vivo su dolor cuanto más comprimido esté. Lo que dice santa Teresa de Jesús, Sr. D. Plácido: "Queramos que no, cruz ha de haber mientras vivamos".

- Y casi veo que tiene V. razón... porque aunque uno no quiera sufrir y disgustarse, y yo no lo quiero, como le he dicho a V., es lo cierto que anda la procesión por dentro.

- ¿Pues, y no ha de ir, hombre de Dios? V. tiene mujer, tiene hijos, tiene muchísimos dependientes, y más cerquita de V. tiene un cuerpo ya algo viejo y un corazón bastante sensible. Y todas estas cosas ¿no le han de ser interminable materia de molestias, disgustos,

penas y dolores? ¿Querrá nadie creer que sea V. el dichoso mortal que tenga de Dios el privilegio exclusivo de librarse de ellos?

- Preciso es confesar que no señor.

- Pues, ya que hemos de llevar cruz, llevémosla con paciencia, haciendo de la necesidad virtud, y aún le añadiré con santa Teresa, que “la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría”, pues añade la misma Doctora que “este es el camino seguro para ir a Dios y el más cierto”. Y así, Sr. D. Plácido, citando las palabras de la misma Virgen, “Cruz busquemos, cruz deseemos, cruz abracemos, y el día que nos faltaren... ¡ay de nosotros!”.

Yo no sé si con estas palabras se quedó D. Plácido del todo convencido, aunque sí le vi con aire más pensativo que antes; pero si lo fueseis vosotros todos, mis queridos lectores, ya daría por bien empleada su manía de hacer años.- A.

## HECHOS EDIFICANTES

### II

#### ¡DADME A JESÚS!

- No, hija mía, no es hora todavía, replicaba una madre cristiana a su tierna hija, que lo es también de Teresa, al pedir con instancia en su enfermedad el sagrado Viático. No es hora, pues ayer estabas buena, y hoy el médico aún no lo juzga necesario.

- ¡Oh! no; dadme a Jesús, porque si no me muero. ¡Y qué cosa más horrible morir sin haber antes abrazado al buen Jesús en su corazón como amigo para presentarse delante de su rostro airado como Juez!

- Bien, hija mía, son las tres: a las cinco volverá el médico y le pediremos permiso para comulgar.

¡ - Ay! será demasiado tarde. ¡Tanto tiempo he de pasarme sin Jesús! ¡oh! no; dadme a Jesús, que me muero... Ven, oh buen Jesús, no me dejes morir sin recibirte. ¡Madre mía, dadme a Jesús!

- Pero hija, si yo no puedo dártelo.

- Pues llamad al médico, al señor cura, y que me den a Jesús ahora, al momento, sin tardar. ¡Oh! ¡y cuánto tarda en venir Jesús!

¿No es verdad, hermanas queridas, que confunde este admirable ejemplo y fervor de una de vuestras más tiernas hermanas? ¡Cuántas, ¡ay! nos pasaríamos días y más días sin recibir a nuestro Jesús! ¡Y cuántas lo recibimos con poco aparejo, con tibieza, sin ninguna ansia y devoción!

Infúndenos, Madre mía muy querida, Teresa de Jesús, las ansias vivas en que ardía tu corazón antes de comulgar, pues tales eran, que te morías con la tardanza en recibir a tu Jesús sacramentado. Enamora nuestro corazón de Jesús, a fin de repetir con hambre espiritual como una de tus hijas: Dadme a Jesús, dadme a mi Jesús, que desfallezco de amor.

### III

Así decía con las lágrimas en los ojos una agradecida hija de María y Teresa de Jesús...

“Antes el mayor tormento para mí era pasar un cuarto de hora de oración; ahora empieza a ser el rato más codiciado de mi corazón, por ser el más delicioso; y no un cuarto de hora, sino media hora se desliza a veces en tan santo ejercicio sin sentirlo, y me quejo de no tener más tiempo libre para estar a solas con mi corazón, mi Jesús y mi Teresa”.

¿Qué ha pasado por el alma de esta joven, que halla tal dulzura en lo que tanto hastío le causaba, y está codiciando el rato que más aborrecía?... ¿Sabéis daros cuenta, jóvenes católicas, de la mudanza que se ha obrado en esta hermana nuestra, y quién es la causa de ella?... Sí, Teresa de Jesús, nuestra buena Madre ha bullido el negocio; obra es de sus manos; a su bondad debe aquella hija suya gustar las dulzuras que Dios hace sentir a los que le consagran un rato de soledad. Como ha sido fiel en la práctica de tan santo ejercicio, el Señor se lo recompensa difundiendo en su alma tales consuelos, que sin notarlo traspasa los límites prescritos en nuestro Reglamento, y tras un cuarto viene otro, deseando todavía tener más

tiempo para recrearse con los amigos de su corazón. Así se cumple la sentencia de nuestra santa Madre: "Nadie tomó a Dios por amigo, que no se lo pagase muy bien".

¿Por qué no nos sucede lo mismo a todas las que nos dedicamos y debemos dedicarnos a la oración? ¿Por qué no experimentamos lo que nuestra querida hermana? Quizás estaríamos en lo cierto al afirmar que se debe a nuestras infidelidades a la gracia; pues creciendo los pecados comienza a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Seamos, pues, constantes; no omitamos por nada ni por nadie nuestro cuarto de hora, porque perdiéndolo perdemos mucho. Parece poco en apariencia un cuarto de hora de reflexión cada día, pero es muchísimo si perseveramos y lo empleamos bien, toda vez que es un medio seguro para perseverar en la virtud, y la puerta para recibir mercedes grandes del Señor, como dice nuestra santa Madre. (Vida, c. 8)

Seamos, pues, fieles todos los días a tan santa práctica, y recibiremos las gracias que van anejas a la oración. Nuestra bondadosa Madre lo ruega sin cesar a su Jesús, y lo suplica por todas sus hijas que quieran de veras recibirlas.

Sí, Madre querida, lo queremos y proponemos cumplirlo: ayúdanos en nuestra inconstancia y haz que sean sinceros nuestros propósitos, a fin de que muy pronto, con gran alegría de nuestra alma, exclamemos todas tus hijas agradecidas: ¡Gracias, Teresa de Jesús, porque empezamos a saber orar!- *M. de la C.*

## REVISTA NACIONAL

El día 2 de mayo Palencia fue teatro de escandalosos sucesos y de horribles profanaciones. Serían las once y media de la mañana, cuando las iglesias se vieron simultáneamente asaltadas por varias turbas con objeto de tocar las campanas.

La puerta de la catedral fue violentada y arrancado su pestillo; el agua bendita derramada por el templo, y este se convirtió en teatro de innumerables profanaciones. Otro tanto sucedía en las demás iglesias; en algunas varios jóvenes subieron al púlpito, y desde él dieron acalorados vivas y mueras; en otra cayó al suelo una campana desde su elevadísima torre, afortunadamente sin ocasionar desgracia alguna.

Más todo esto es nada en comparación de lo que ocurrió después en la iglesia de Nuestra Señora de la Calle, patrona de dicha ciudad. Una turba de ocho o diez personas penetraron cubiertas en ella a las tres de la tarde, y subiendo al coro, rasgaron los lienzos que en él existían, destrozaron los atriles, rasgaron los misales y maltrataron a uno de los dependientes de la iglesia.

La turba bajó inmediatamente al templo, y uno de los que la componían se dirigió al altar mayor, y arrancando violentamente el sagrario donde se conservaba Nuestro Señor sacramentado, lo arrojó en el pavimento del presbiterio, de suerte que al reconocerle algún tiempo después el juzgado halló que el copón estaba abierto, las sagradas Formas esparcidas en el interior del sagrario, y los objetos existentes en el mismo confundidos y desordenados.

El crucifijo del altar mayor cayó al suelo con el sagrario, y tomándole uno de aquellos infelices, lo arrojó repetidas veces contra las paredes y el suelo, reduciendo a pedazos la imagen de Jesucristo, que era de notable mérito artístico, cuyos pedazos encontró la autoridad esparcidos por toda la iglesia.

Mientras esto tenía lugar en el presbiterio, otros desgraciados rompieron las sacras de ocho o diez altares, mutilaron la imagen de Nuestra Señora del Carmen, destrozaron dos confesonarios, y causaron terribles destrozos en el hermoso altar de San Francisco Javier, y en las arañas de cristal pendientes ante el mismo.

Varios otros objetos destinados al culto fueron también víctimas de la impiedad de aquellos miserables.

Como es natural, estos atentados eran cometidos en medio de las más horribles blasfemias, y de groseros insultos a varias señoras que oraban en el templo.

La noticia de estos sacrilegios, comunicada a todas partes con la velocidad del rayo, causó como no podía menos de suceder honda pena e indignación.

El digno Prelado de la diócesis formó el oportuno expediente, y en vista de las profanaciones cometidas, sobre todo en Nuestra Señora de la Calle, la puso en entredicho, mandándola cerrar al culto, ínterin pudiese abrirse a él de nuevo convenientemente.

## REVISTA EXTRANJERA

**Roma.**- A la iniciativa de la *Unitá católica* de Turín han debido el Papa y Roma un nuevo testimonio del entusiasmo religioso que anima a los italianos. El 13 de mayo fueron llevados al Vaticano más de ochenta mil cartas y mensajes felicitando a Pío IX por el 83º aniversario de su nacimiento.

Por la mañana las salas del Vaticano estaban llenas de fieles, y multitud de individuos vestidos de damasco rojo las atravesaban llevando en hermosas canastillas las cartas que habían llegado por el correo de todos los puntos de la Península.

A eso de medio día se presentó Su Santidad, rodeado de diez y ocho cardenales y de toda su Corte. Formaban la concurrencia la nobleza romana, entre la cual se hallaba la piadosa y amable princesa de Thurn y Taxis, hermana de la Emperatriz de Austria y de la Reina de Nápoles; numerosas familias de todos los países, las asociaciones católicas de Roma, las antiguas administraciones de los Estados de la Iglesia, los oficiales del ejército pontificio, confundidos con innumerables representantes de la clase media y del pueblo fiel al Soberano Pontífice.

El Papa, que ha cumplido ochenta y dos años, bendijo aquellas muchedumbres enternecidas y arrodilladas; acercase a muchos grupos, dándoles a besar su mano, y recorrió todas las salas hasta que, encontrando los alumnos del colegio Pío-Latino de América, escuchó la lectura de un mensaje en lengua española, al cual contestó con expresiones de ternura paternal, condenando vigorosamente la conducta de los Gobiernos de Méjico y Guatemala que persiguen a la Iglesia siguiendo las huellas de otros Gobiernos, animados de increíble saña contra el Catolicismo.

- En uno de sus acostumbrados paseos por los jardines del Vaticano, encontró Su Santidad un grupo de veinticinco pastores de la campiña romana arrodillados, y llevando cada uno en sus brazos un corderito graciosamente engalanado con cintas blancas y amarillas, colores pontificios, y otras de púrpura y oro. Dichos pastores habían venido de Prima-Porta, aldea distante siete millas de Roma, acompañados de su párroco. Eran todos jóvenes de gallarda presencia, de la antigua raza romana de tez bronceada, miradas penetrantes, formas atléticas y altivo continente. Sin embargo, en presencia del Papa tenían aquellos hombres las miradas llenas de ternura, y como hizo notar su Santidad, "sus semblantes eran tan dulces como los de sus corderitos".

El párroco leyó un mensaje en el cual habló de los pastores que postrados a sus pies contemplaban en el Papa la imagen del buen Pastor del Evangelio, que dio su sangre y su vida por sus ovejas. Luego uno de los pastores se adelantó con su ofrenda, y recitó una bella poesía en estilo romanesco, en que la energía del acento no excluía la gracia de la expresión.

Pío IX, apoyado en su bastón, contemplaba a aquel joven vestido con una piel de carnero cruzada sobre su túnica de paño azul, y grandes polainas de cuero hasta las rodillas; y sin duda debió sentir conmovido su corazón, y sus ojos humedecidos.

Si bien hay grandes tristezas en la morada apostólica, no faltan tampoco santos consuelos, y son los que todos los días ofrecen las adhesiones de los hombres de bien, la fe de los humildes, y la caridad de los pobres.

El Papa tuvo para aquellos sencillos pastores palabras de gratitud y de benevolencia; y luego, volviéndose a los que le acompañaban, les dijo:

-Nos ofrecen estos corderitos, y nosotros los daremos a los que padecen hambre, para que bendigan a mis buenos pastores de Prima-Porta.

El párroco hizo observar que no lejos de allí había veinticinco aldeanas.

- Que venga, que venga,- dijo el Papa.

Vestían faldas de paño encarnado, y corpiño con bordados, y ostentaban en su cabeza el tocado con que Rafael adornó a sus Vírgenes, En sus manos llevaban canastillas de flores, que ofrecieron a Pío IX.

Antes de bendecirlos, Su Santidad les repartió medallas de plata, mientras les decía riendo:

- Aquí tenéis, hijos míos, un metal que hace cuatro años no veis... la plata.

Estas palabras contenían la crítica severa del nuevo régimen impuesto a las poblaciones. Aquellos pastores lo comprendieron muy bien; pues uno de ellos no pudo menos de acompañar las palabras del Papa con una exclamación enérgica, y será sin duda en su pueblo un caluroso comentador del juicio que de su legítimo Soberano ha merecido el usurpador de Roma.

- Son falsas las noticias echadas a volar últimamente sobre la salud de Pío IX. Un constipado sin importancia ha sido el pretexto de que se ha valido la prensa impía para anunciar unas veces que ha tenido que abandonar todos sus negocios; otras que se han agravado sus dolencias; otras que inspira su salud serios cuidados, y por último que ha muerto, aunque a los dos días de su muerte nos anunciaron que Pío IX había celebrado misa el día anterior, y aún más, que había dado alguna audiencia. Véase lo que sobre el particular dice el *Osservatore romano*, diario que acostumbra estar perfectamente enterado:

“Por cierto que ha de ser muy peregrina la fuente en la cual el *Farfulla* recoge sus noticias relativamente al Vaticano.

De ordinario nos resistimos a hacernos cargo de la presunción con que lo mismo este periódico que sus demás cofrades acostumbran a usar con este intento. Sin embargo; la formalidad con que se ha hablado de la salud del Santo Padre en el número del *Farfulla* de ayer, aunque en sí es altamente ridícula, no ha dejado de inspirar cierta aprensión en algunas personas que no saben comprender cómo se puede mentir tan descaradamente en un asunto que interesa en el más alto grado a una gran parte del mundo católico y civil.

La salud del Santo Padre, ligeramente movida por sus ordinarias molestias, especialmente a causa de las inconstancias del clima a que hemos estado sujetos durante el pasado mes de mayo, no han inspirado nunca serio cuidado en el palacio pontificio. Esto sí; han excitado nuestra hilaridad los nuestros informes del conocido *Farfulla*, contemplando al Santo Padre celebrar su misa, recibir y pasear como de costumbre, mientras aquel periódico publica sus inquietudes.

Conviene sepan nuestros lectores que el *Farfulla*, a quien parece se debe la invención de las malas noticias relativamente a la salud del Papa, es un periódico de mala casta que se publica en Roma”.

**Francia.**- En Lourdes el Ilmo. Sr. Obispo ha puesto la primera piedra de un convento de monjas Carmelitas. La función fue espléndida y muy concurrida. Pío IX ha concedido al santuario tan celebrado por las apariciones de la Virgen el título de basílica, y a los canónigos de la catedral de Tarbes el uso de llevar sobre los hábitos de coro una cruz de oro con la efigie de la Inmaculada Concepción y la de Pío IX. Además ha nombrado un gran penitenciario con amplias facultades.

- Hace poco tiempo murió en Francia un fraile Franciscano, muy conocido por sus virtudes y bendecido de todos por su caridad. Al examinar los pocos escritos que había dejado, se encontró el siguiente testamento:

“Dejo al abate Michaud, anti-infalibilista, mi breviario, puesto que no sabe leer el suyo. Al Sr. Julio Favre le dejo mi túnica, con la cual podrá ocultar las vergüenzas de que se ha cubierto. Dejo al Sr. Gambetta mi cordón, para que pueda un día ceñirse el cuello. Al Sr. Thiers le dejo un libro para que lo lea y vuelva a leer con atención. Dejo en fin a la Francia mis alforjas, que bien pronto podrán serle útiles para pedir limosna”.

**China.**- Ha corrido con abundancia la sangre cristiana en el Tong-King. Mons. Ives, coadjutor de Mons. Gauthier, vicario apostólico del Thong-King meridional, ha escrito a sus parientes la siguiente carta, sencilla y sublime a un tiempo, que publica la *Semana religiosa* de Saint-Brieuc:

“Amados parientes y amigos: A consecuencia de la expedición de los franceses al Thong-King, los letrados, esos enemigos jurados de la Religión, se han cebado en nuestros cristianos con un furor verdaderamente diabólico. Nuestra misión cuenta con 80.000 cristianos: en pocos días han sido degollados, quemados y ahogados 10.000, y la rabia de nuestros verdugos aumenta más y más.

A menos de un milagro, nuestra misión está perdida. No tengo esperanzas de poder escapar a la muerte. Aunque la carne se estremece a la idea de los suplicios que estos salvajes van a imponerme, me anima la confianza de que el divino Maestro me dará fuerza en el instante supremo. ¡Ojalá mi sacrificio sea agradable a Dios! Os tendré presentes en el cielo, en donde espero nos reuniremos todos. Después de la cruz, el cielo. ¡Viva Jesús!

¡Adiós! Todo vuestro.- + IVES, obispo de Laranda”.

## GRACIAS

### Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

El triunfo de la Iglesia, la libertad de Pío IX y la paz de España.- La conversión de los pecadores blasfemos.- Cuatro hijas de María inmaculada y de Teresa de Jesús.- Propagación de la devoción más amada de Jesús y de su Teresa.- La Europa cristiana.- Espíritu de oración para los que trabajan en la santificación de las almas.- Las Misiones del África.- Destrucción de los planes anticristianos de las sectas.- Una fundación religiosa pronta a terminarse.- Feliz acierto en un asunto de interés para Jesús de Teresa.- Un corazón según el de Jesús para los devotos de la seráfica Doctora.- Dos comunidades religiosas.- Firmeza en la fe para los católicos perseguidos.- La juventud católica.- Feliz término para un negocio emprendido a mayor gloria de Dios.- Gracias pedidas y no alcanzadas.

## LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

### SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs.	2,013'60
Tortosa.- Un estudiante: ¿Cuándo, Teresa de Jesús, humillarás a los enemigos de tu Jesús? .....			2
Una joven católica: ¿Por qué no consuelas a tu España, tú, oh gran patrona de las Españas, querida Madre mía Teresa de Jesús? .....			1
Torre de Compte.- María Antonia Monserrat: Santa Teresa de Jesús, dad la paz a España y amparad a Pío IX y a toda la familia .			8
	Suma	Rs.	2,024'60

*(Sigue abierta la suscripción)*